

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 15 de Agosto de 1889

Preios de Suscricion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 3 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.
SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscricion

En Lérida, Mayo 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—La viajera de los siglos.—Aventuras de una caja china.—A D. José Zorrilla.—Si volverá!

LA VIAJERA DE LOS SIGLOS.

I.

La hora del anochecer es indudablemente la más favorable á los recuerdos: cuando se apaga la luz del día, antes que la noche tienda sus negras alas bordadas de estrellas, reina durante algún tiempo, según las estaciones y la latitud que ocupamos en la Tierra, esa claridad vaga, indecisa, dudosa, que llamamos crepúsculo vespertino: suspéndense entonces generalmente, todos los trabajos domésticos; se reúne la familia diseminada; se habla de los ausentes en lejanas tierras, de los muertos sepultados en marmórea tumba ó en humilde fosa; se forman planes para el día siguiente, que á veces suelen hacerse extensivos para el porvenir, etc., etc.

De mí puedo decir que en esos breves momentos me halaga la soledad, en la cual preparo en mi mente el trabajo intelectual para el día venidero, ó me entrego á los recuerdos del pasado, en cuyos capítulos conviene leer muy á menudo para apreciar en todo su valor la vida del presente.

Era esa hora en que las estrellas comienzan á fulgurar, cuando me senté, un día, junto al balcón de mi gabinete. Sin embargo de hallarme en perfecto estado de vigilia, desaparecieron de mi vista las casas que á regular distancia estaba contemplando distraidamente, viendo en lugar de ellas una inmensa llanura iluminada por los últimos rayos del sol en su ocaso: en el suelo, cubierto de arena blanquecina, no brotaba ninguna florecilla silvestre, ni naciente yerbecilla interrumpía la monotonía de aquel extenso arenal. En el cielo no se dibujaba la copa de ningún árbol, ni la veleta de ninguna torre lejana. Mi espíritu, sorprendido á causa de semejante mutación, miraba atentamente aquel desierto, preguntándose qué significado podría tener un tan maravilloso cambio. Y cuando con más atención miraba las rojizas nubecillas, que trazaban en el horizonte extrañas figuras, ví adelantarse hácia mí la figura de una matrona caminando con suma lentitud: iba envuelta en una especie de túnica cenicienta de lengua cola y mangas flotantes; su rostro era hermosísimo; de sus ojos brotaban abundantes lágrimas, que resbalaban por sus mejillas, sin que la aflicción contrajera sus facciones; en su boca se dibujaba la sonrisa divina que ilumina el semblante de los mártires. Al llegar cerca de mí, se detuvo, y entonces ví que con su diestra oprimía un gran libro contra su pecho, mientras que en la otra mano llevaba un ramo de flores secas, cuyas hojas iban cayendo al suelo len-

tamente. Los últimos reflejos del sol iluminaban su blanca frente, y sus rubios cabellos, que la cubrían como un manto de oro con sus dorados rizos, flotaban suavemente al leve soplo de la brisa. Nada mas bello que aquella melancólica aparición, á la vez tan triste y tan hermosa.

Miraba con asombro aquella figura simbólica, que parecía querer hablarme. No era ilusión de mis sentidos, porque yo estaba perfectamente despierta. ¿Qué me quería decir? Interroguéla con la mirada y con el pensamiento preguntándole quién era. La aparición permaneció muda, pero sobre su cabeza aparecieron cuatro letras luminosas: *La Fé*, que muy pronto desaparecieron para ser reemplazadas por estas otras. ¡*Adios!*

La hermosa matrona se alejó lentamente, y mientras se alejaba, ví dibujarse en el horizonte las altas cúpulas de gigantescas catedrales, por entre cuyas torres se levantaban columnas de humo y montañas de fuego. Al desaparecer *La Fé*, hundieronse las basílicas, se apagó el incendio, y volví á ver las humildes casas de la plaza del Sol y brillar en el cielo un sinnúmero de estrellas.

La Fé religiosa, la primera de las tres virtudes llamadas teologales, que consiste en creer todo lo que la Iglesia establece como revelado por Dios, se había desvanecido, dejando en pos de sí las cenizas de un culto que sólo ella podía perpetuar sobre la tierra. Es la viajera de los siglos que huye cuando la razón fija en ella su investigadora mirada. Es el fuego fátuo que brilla en la noche de la ignorancia y se apaga á los primeros albores de la ciencia. Porque de la ciencia, la humanidad terrestre no ha vislumbrado aún sino los primeros resplandores, y no obstante, han bastado para que la *Fé* se hundiese en los abismos.

II

Dos ó tres dias después de lo que acabo de referir, vino á verme una señora acompañada de una elegante jóven que, sin saber por qué, me pareció una oveja descarriada del redil del catolicismo. Pronto comprendí que no me había equivocado. Por su conversación conocí que no había leído más libros que el de *Misa* y el *Año Cristiano*, y que, sin embargo, sus creencias se bamboleaban, próximas á desplomarse á los embates de la reflexión y de la duda. Aquel espíritu levantaba por primera vez su vuelo.

No sé cómo, en el curso de la conversación, vinimos á hablar de los fusilamientos por delitos políticos y de sus terribles consecuencias para las pobres familias de los rebeldes. Al tocar este punto, dijo la jóven con voz apasionada y vibrante:

—¡Ah! eso es horrible: ¡es necesario verlo para comprenderlo! Yo lo comprendo, porque he visto lo que se sufre. Mi padre tuvo una vez que mandar el cuadro que había de fusilar á unos oficiales sublevados, y nunca, nunca olvidaré aquel dia.

Estaba mi padre enfermo, muy enfermo; pero no podía excusarse de mandar la fuerza, por no hacerse sospechoso en un tiempo de odios y rencores encarnizados. Yo le ví llorar como un niño. Salió de casa diciéndonos á mi madre y á mis hermanos: "Idos á la iglesia, y pedidle á la *Virgen del Cármen*, que es tan milagrosa, que haga un milagro, consiguiendo el indulto de esos infelices."

Entonces le manifesté que varias hijas de *María* estábamos haciendo una novena á aquella *Virgen* para conseguir su intercesión en favor de aquellos desdichados; y, dominada por la más profunda convicción, abrigando la más dulce y consoladora esperanza me fuí con mi familia á la iglesia, donde encontré á mis compañeras. Todas nos arrodillamos delante de la imágen y comenzamos á rezar el rosario con la mayor devoción. Ya llevábamos rezadas dos partes, cuando hizo temblar

el templo la primera descarga de la fuerza que mi padre mandaba. Yo no sé lo qué sentí: miré á la Virgen, que siempre me había parecido preciosísima, y la encontré sin expresión, ¡sin vida!... Me levanté maquinalmente y me fuí á una capilla: necesitaba estar sola para llorar. ¿Querrá usted creer que quise seguir rezando, y no pude decir ni un padre-nuestro? Y no lloraba solamente por los pobres fusilados y sus atribuladas familias; lloraba también por el desengaño que mi fé acababa de recibir. Apoderóse de mí un miedo tan grande, que me tuve que ir junto á mi madre y decirle al oído:—Vámonos á casa: me parece que la iglesia se va á caer sobre nosotras: aquí dentro siento pavor: los santos de los altares me inspiran una repulsión invencible: esa Virgen, antes tan milagrosa, me parece que se mofa de mi desconsuelo: vámonos, que aquí me encuentro muy mal.—Mi madre me miró como asustada, y me siguió, quedándose mis hermanas en la iglesia. Desde aquel dia no he vuelto á pedir nada ni á la Virgen ni á los santos; y crea usted que siento en gran manera la pérdida de la fé, porque creyendo se vive muy bien. Aunque mi confesor hace lo que puede por devolvérmela, todo es en vano; y, aunque para evitar cuestiones, hago el papel de convencida, me es imposible olvidar aquella mañana en que vinieron á interrumpir mi fervorosa plegaria las descargas que borraban del libro de la vida á tres infelices sublevados. No creo en nada, absolutamente en nada. ¡Cómo he de creer en un Dios que se hace el sordo á las súplicas y á los sollozos de los que creen en su bondad y en su poder!

Mientras hablaba la jóven, yo recordaba mi visión. Los espíritus de los terrenales comienzan á despertar de su profundo sueño: ya no doblan la cabeza ante los divinos decretos; piden, y cuando no se les concede lo que han pedido, se atreven á mirar de hito á hito á las imágenes preguntándoles por qué no escuchan el ruego fervoroso de los creyentes. Y como la Fé no quiere ser interrogada ni argüida, abandona el campo á su antagonista la Razón, que busca en la discusión el triunfo de la Verdad.

III

A los pocos dias entró en mi gabinete una mujer, al parecer del pueblo. Su semblante nada expresaba; parecía un libro en blanco. Iba enlutada. Preguntéle que quería de mí, y me contestó en voz apenas perceptible. ¡Consuelo! Y dejándose caer en una silla, su rostro impassible adquirió súbitamente expresión, sus ojos se llenaron de lágrimas y murmuró con voz entrecortada por los sollozos:—“Me han dicho que usted podía consolarme ¡He perdido á mi hija!... Hice decir más de ciento cincuenta misas ante el Cristo de Lepanto, para que le devolviera la salud, y de nada me han valido!... Muerta mi hija, he ido á la capilla y he dicho al Cristo!—Ya no creo en tu poder: estoy desengañada de todo, porque de nada me han servido las misas, ni las ofrendas ni los martirios que he dado á mi cuerpo por salvar la vida de mi hija, de mi hija que era mi única alegría en este mundo; que ha dejado tres niños huérfanos y un marido inconsolable.—Estoy loca de desesperación, viendo que tantos ruegos no han sido escuchados. ¡Parece mentira que Dios no escuche el ruego de una pobre madre! ¡Oh! esto no es creíble. Y si hay Dios, ¿cómo es insensible á mi dolor?... ¡Si será verdad lo que me dice mi yerno!...”

—¿Qué os dice vuestro yerno?

—Que los Santos, los Cristos y las Vírgenes son figuras de madera, sordas como la madera de que son hechas. Pues, ¿y los milagros que han obrado? Porque yo he visto muchas ofrendas que los atestiguaban. Recuerdo, de una vez que estuve en Sevilla por Semana Santa, que en la capilla del Señor de los Desamparados no se

podía entrar: tantos eran los cuadros, piernas y manos de cera, y mortajas de niños que demostraban la gratitud de los fieles favorecidos por el poder milagroso de la sagrada imagen! ¡Y no favorecerme á mí que tanto he pedido y tantos sacrificios he hecho, viéndome además obligada á sostener una lucha terrible con mi yerno, que no quería de ninguna manera que hiciera decir misas ni celebrara novenas! —Pídame usted dinero para darlo á los pobres,—me decia,—pero no para emplearlo en ceremonias religiosas que de nada han de servir á la enferma—Yo me indignaba; le llamaba ateo, hereje, renegado, que sé yo lo que le llamaba..... pero al ver que mi hija ha muerto..... ha caído la venda de mis ojos, y en nada creo: ¡un Dios que no escucha el ruego de una madre desesperada!.... ¡qué podrá esperarse de él!....

Entraron otras visitas, y la pobre mujer se fué diciéndome que volvería á verme para hablarme de la muerte de su hija y de la ruína de sus creencias religiosas.

IV

La relación de aquella pobre mujer me recordó de nuevo mi visión. ¡Oh Fé religiosa! ¡oh viajera de los siglos! los dias de tu reinado expiran: los seres más sencillos, los más ignorantes te rechazan en sus horas de dolor! Ya no inclinan la cabeza ante los mandatos divinos; ya no dicen; "Dios lo quiere;" antes al contrario, la exasperación se apodera de los que sufren, y el excepticismo derrumba sus místicas creencias de otros tiempos. Tu poder ha terminado en las naciones civilizadas. Los observatorios astronómicos valen más, mucho más que las gigantescas catedrales; los laboratorios de los sabios valen inmensamente más que todos los santuarios. Cuando la ciencia avanza, tú tienes que desaparecer.

¡Adiós con tu libro de la tradición y tus flores secas, las flores de las religiones positivas! Terminó tu misión en los países cultos. Cuando los creyentes, exasperados por el dolor, preguntan á Dios por qué no escucha sus ruegos, es que la venda de la fé se ha caído de sus ojos. Devoto que pregunta y pide cuenta á Dios de sus dolores censurando sus actos, es un racionalista que ensaya el vuelo de su pensamiento. Una parte de la humanidad tiende ya sus alas libremente.

Amalia Domingo Soler.

AVENTURAS DE UNA CAJA CHINA.

CUENTO

Imitacion de Andersen.

Yo he sido algo y aun algos antes de ser caja, pero no recuerdo qué. Creo que los hombres ignoran también las trasformaciones que han sufrido antes de llegar á ser especie humana. Aunque apenas recuerdo mi nacimiento, sé que nací en Canton y salí de un molde, no siendo tan hermosa entónces como lo fui despues. Era yo de feo cartón, de lo cual estaba algo apesadumbrada, cuando un artífice me cogió y empezó á dibujarme, otro me pintó, otro me doró y por fin un último me barnizó. Muy marcada anduve aquellos dias porque no bien me dejaban unas manos, ya otras me tomaban y me frotaban y apretaban de manera que mas de una vez pensé verme estrujada. Por fin cesó el martirio y cuando ya creía que iba á pasar una vida sosegada en compañía de muchas compañeras mias, me envolvieron en un papel y me metieron en un cajón, el cual cuando estuvo lleno de hermanas mias fué

herméticamente tapado y clavado. Quedamos todas muy á oscuras, pero el cajón se enteraba de todo y nos dijo que íbamos á pasar mucha agua para ir á remotas regiones; como era buen individuo y además ilustrado, nos dijo que estábamos destinados á ser muy felices porqué llegaríamos á ser propiedad de alguna hermosa dama, que nos colocaría en un tocador ú otro sitio por el estilo apropósito para lucir nuestro talle y gallardía. Yo me alegré en el alma de tal promesa; como era cosa femenina sentía simpatías por todos los femeninos del mundo y nada tan halagüeño para mí como la esperanza de verme en las manos de una linda señorita.

Algunos dias llevamos de navegación durante los cuales nos referimos mutuamente las peripecias de nuestro hermoejamento y pude convencerme entónces de que yo no era la mas bella, pues otras estaban bruñidas y apomezadas como metales é iban adornadas con ricos embutidos, mientras que yo ¡ay! solo tenía pintadas unas cuántas aves y plantas. Temblé por mi porvenir, pero me conformé con mi suerte pensando que quizá no eran los sitios mas encumbrados los mas propios para labrar la dicha. El buque que entónces era rey y señor del mar penetró mi pensamiento y me dijo que tenía razon.

Ahora que ya soy vieja me pregunto algunas veces, como yo desde los primeros dias de mi vida, pude tener tanta filosofía, mas no me extraña porque un volumen llamado «El libro de los Espiritus» con quien viví mucho tiempo, me enseñó que antes de ser caja había sido y aprendido muchas cosas.

Despues de no se cuántos dias de viaje llegamos á una ciudad llamada Manila, así nos lo dijeron las olas de la playa y todos lo creíamos porque las olas son muy serias y graves. Llevarónnos á una tienda donde había muchas chinerías y allí acabé de convencerme de que yo era muy poca cosa; sin embargo me consoló la vista de otras cajas inferiores á mí. Colocaron á las mas hermosas cerca de la calle y me pusieron muy retirada. Yo hubiese querido estar al exterior, mas para ver que para ser vista, pero hube de conformarme con el interior. Con la gente que entraba y salía en la tienda, iba adquiriendo experiencia de muchas cosas y saqué la conclusion de que el mundo, especialmente para los hombres, no era muy bueno; también los adoquines de la calle se quejaban amargamente porque decian que todo lo tenían que sufrir y uno fué tan envidioso y mal intencionado que vino á dar contra un cristal haciéndolo pedazos, de lo que lloró el pobre á lágrima viva. Diciendo que si él fuera de argamasa en lugar de ser vidrio, escusára pasar tan gran dolor. En fin que hombres y cosas eran muy refunfuñones, por eso me desviaba y procuraba conversar con los papelitos; impresos que acaso me visitaban.

Un dia entraron en la tienda una señora de mediana edad acompañada de su marido. Aquí dijo ella encontraremos cosas para las niñas y en efecto el comerciante empezó á sacar pulseras, abanicos y porción de preciosidades. Todo lo escogia la señora y todo lo daba por bueno el señor cuando ella se lo consultaba. Ya estaban envolviendo las compras cuando ella dijo á su condescendiente esposo.

—«Dí, no te parece que podríamos llevar algo á nuestra huéspedea, Luz,? la pobre no tiene quien le regale nada y está tan triste!»

—Sea como tu quieras.

Me estremecí, ¡Ay! exclamé, que suerte la mia si pudiera consolar una alma afligida! que mas hermoso que el bien; el que ha enjugado una lágrima ha hecho mucho más que aquel que ha recreado al mundo con su hermosura.

La señora empezó á mirar objetos: ninguno le gustaba. El señor fijó su atencion en las cajas, descubrióme y dijo: mira Modesta, tal vez te convenga ésta cajita.

Agradéle en efecto y me envolvieron con las demás cosas. Anduvimos luego un rato en ferro-carril y llegamos á una casita de campo de alegre aspecto, pero mas ale-

gres eran aún, unas cuatro ó cinco muchachas que nos salieron al encuentro. Entre ellas descollaba por su tristeza una casi niña también, cuyo cutis blanco y rosado contrastaba notoriamente con los colores aceitunados que hasta entonces había yo visto. La madre sacó los objetos y distribuyólos á sus hijas que prorrumpían en gritos de contento al recibir el regalo. Luz también tomaba parte en aquella alegría y examinaba el lote de cada polla. Por último sacóme Modesta y dijo:

—Esto es para usted, Luz.

¡Ah! exclamó la jóven que buenos son ustedes en haberse acordado de mi y una lágrima de agradecimiento rodó por su mejilla.

¿Dónde me colocará mi dueña pensé yo. Aquella noche las pulseras y los abanicos fueron al teatro? Como se povernarán entre aquellos afilados dedos y finas muñecas, decía yo! Mas no tuve lugar de saberlo porque mi ama me encerró en un baul. Estaba visto no había nacido para lucir, pero recordaba aquella lágrima de reconocimiento y me complacia mas que las vanidades mundanas.

El baul que era ya sujeto machucho me enteró de que mi posesora era una jóven española que había ido allí con su marido y que á muy poco de llegar había quedado viuda, también supe que tenía tres niños por los cuales suspiraba ella mucho y por fin que había quedado sin una peseta.

Sentí todas estas desgracias, tanto cuánto que me parecían recaer en persona que no las merecía, pero en mi entendimiento de caja no quise ponerme á juzgar de estas cosas y quedé conforme con mi suerte.

Poco despues nos embarcamos de nuevo. Esta vez anduvimos muchos dias. Yo me había familiarizado ya con las aguas y aprendí de ellas cosas cuya existencia ni siquiera sospechaba. Luégo fuímos en tren; también estaba acostumbrada á los desahogos de las señoras locomotoras y no me inmuté. Por fin llegamos á Madrid; el mundo estaba muy contento de verse allí porque decía que allí había nacido. La viuda en compañía de su madre alquiló una casita muy pobre y al arreglarla, me cogió la señora mayor y dijo:

Mira, Luz, la caja de Modesta.

¡Ah! que lástima no tenemos un mueble lucido donde colocarla.

Creí que me volverían al baul, mas no fué así porque mi jóven ama cubrió una mesa de pino con un tapete de algodón y me puso encima con media docena de libros y dos jarros que siempre tenían alguna flor. Estaba yo muy bien allí. Pasaron dos años, tres, cuatro. La madre y la hija cosían siempre, los niños iban al colegio y en aquella casa se pasaban muchas penas porque trabajando dia y noche no se ganaba lo suficiente, á lo mejor faltaba el que hacer y entonces los apuros subían de punto. Yo quieta en mi mesa asistía á todas estas escenas dolorosas; mi papel se concretaba á adornar un poquito la casa y á guardar los dientecitos que iban cayendo á los niños; como se vé mi mision era muy pequeña, pero no me quejaba porque no todos traen el encargo de desempeñar grandes papeles en este mundo.

Al cabo de cuatro años llegó un cuñado de la señora mayor: era militar y venia de Filipinas. Concertó vivir en familia con mis amas y sin duda debía de tener mas dineros que ellas porque nos mudamos á una muy buena casa ricamente alhajada; sin embargo nadie disfrutaba de tal prosperidad porque el malísimo génio del tío, lo echaba todo á perder. Los niños temblaban en su presencia y la mamá y la abuelita lloraban amenudo no trabajando menos que antes porque el militar traía siempre la casa revuelta. Me colocaron en una consola y desde allí oía vociferar á aquel energúmeno que á lo mejor la emprendía con los trastos dando un puntapié á este taburete, rompiendo la pata á aquella silla etc. Yo estaba esperando la misma suerte á cada paso y no fueron vanos mis temores porque yo no sé si el tío quería casarse con la sobri-

na ó qué, el caso es que estaba celoso como un tigre: Un dia sin mas ni mas, paróse ante mi y dijo: ¡Tomal ésta caja es china ¿como está aqui?

Me la dió Modesta, contestó Luz.

Quien te la debió dar exclamó él con la cólera en su punto fué el títere de su hijo y no ella.

Trabáronse de palabras y el resultado de ellas fué asirme el *feroche romano* y tirarme por la ventana á un patio interior.

¡Ay! exclamaron los dientes que en mi se albergaban. ¡Ay! gritaron las muelecitas. Yo no grité pero creí llegada mi última hora.

Los dientecitos fueron á parar cada uno por su lado; yo fuí á dar en un extremo del patio y mi tapa al otro sin mas desgracia que partirse en dos.

El aire me traía las palabras de los dientes. ¿Que tenemos que ver contigo para compartir tus desgracias? me decian casi todos ellos. Siempre pagan justos por pecadores refunfuñó una escoba allí cercana que tenia el mango roto, aunque ella estaba en muy buen estado.

Al cabo de un rato bajó mi ama me recogió con cuidado, fué buscando los dientes y me compuso con lacre negro. No fní como antes destinada á la sala sino á un armario del comedor. Desde allí oia cantar alegrementé á la *pobre chica* y conversaba con los miembros de la vagilla muy ufanos con el servicio que prestaban, si bien ésta utilidad les era muy disputada por los cacharros de la cocina.

Un dia de mucha limpieza sacónos á todos la cocinera; descubrióme el tio entre el monton y pretendió hacer conmigo lo que la vez primera, adivinando la sirvienta su dañina intención me arrebató de sus manos diciendo que yo era posesion suya. Pusóse el militar furioso, loco, temblábamos todos los allí reunidos. No sé lo que hubo, pero no lo vimos más.

Mudamos nuevamente de casa perdiendo cuánto habíamos ganada: hasta mi misma ama había perdido mucho. Era muy jóven y ya multitud de canas indiscretas y precoces arrugas daban á entender que su vida era muy trabajosa y padecida. Volví á ocupar mi antigua mesa y á tener por compañeros los mismos libros.

Así pasó un año, al cabo del cual ví entrar en casa á un sujeto de mediana edad y de muy buen parecer no por su hermosura que era escasa, pero por la belleza de su alma que se reflejaba en su apacible fisonomía. Yo gustaba de verle por allí y procuraba llamar su atención, mas él andaba muy distraido. Por fin, hice un dia tales esfuerzos que poniéndome al borde de la mesa, me caí con grave peligro de mi laca. Apresuróse el individuo á cogirme y entonces me examinó detenidamente: elogió mi valor artístico y se dolió de mi quebradura.

Apesar de su mal estado, la guardo, dijo Luz, como recuerdo del único obsequio que he recibido en mi viudez. Y luego á renglon tirado le habló de Modesta y de su delicadeza en no olvidarse de ella al agasajar á sus hijas.

Pues amiga mia, dijo el visitante la mujer agradecida tiene mucho adelantado para hacer feliz á cuántos le rodean. A mí nada me falta materialmente y moralmente todo porque estoy solo: si yo te prometo ser el padre de sus hijos y ahorrarles los muchos trabajos que con la pobreza de su madre pasarán ¿me lo agradecería V. amándome como yo deseo que me amen?

Mi jóven ama se echó á llorar. Una alma buena encontraba á otra ¡que suerte! Poco despues se casó y al transportarme á su nuevo y hermoso domicilio me dijo: Bendita seas cajita mia que tanta felicidad me has proporcionado!

Lléneme de gozo al considerar el bien que habia hecho y aunque por ser la nueva casa muy buena y estar yo muy deslucida por los atropellos del tio, no me pusieron en el sitio principal, dí por bien empleadas todas mis aventuras y pensé que á trueque

de ver á mi ama dichosa, muchas mas hubiera pasado sin murmurar.

Esa abnegacion os honra dijo Kardec que estaba en un cuadro cerquita de mí y yo haré que vuestra humildad tenga la debida recompensa publicando vuestros méritos en un cuento de «LA LUZ DEL PORVENIR»

MATILDE FERNANDEZ DE MARTINEZ.

A D. José Zorrilla, en las fiestas de su coronacion.

SONETO.

¡Gloria á tí, ilustre genio del Parnaso!
¡Gloria inmortal á tu saber fecundo!
¡Gloria sin fin te proclamará el mundo
Que doquiera servil te abrirá paso!

No temas los escollos que el acaso
A tus piés precipite el cieno inmundo,
Que no puede la aurora ni un segundo
Ser vencida jamás por el ocaso.

¡Bate fiero tus alas, tiende el vuelo!
Busca mas puro ambiente en otra zona,
No mires las miserias de este suelo.

Que el ser que como tú tal dicha siente,
¿Qué le importa del mundo una corona,
Cuando la inspiracion orla su frente?

PILAR RAFECAS.

SI VOLVERÁN.

Volverán regaladas las hermosas
horas de mi existencia á resonar
y armónicos y grandes mis recuerdos
aún más se avivarán;
pero aquellas vibrantes y sonoras
que en el cielo aguardándonos están
mas puras, melancólicas y tiernas
felices nos harán.

Tus labios volverán á repetirme
promesas de ventura celestial,
y extática escuchando tus delirios
aún más he de gozar;
pero el ánsia febril de estos amores
siendo grande en la tierra, aún mas allá
espera realizar sus esperanzas
pues todo volverá.

Volverán los dulcísimos suspiros,
nuestras almas á oírlos tornarán
mas mágicos, mi bien, y apasionados
y ardientes volverán;
porque en el infinito, en los espacios,
todo es luz y es amor, todo es verdad,
y los que aquí ven muertos sus amores,
allí los han de ver resucitar.

EUGENIA N. ESTOPA